

DANIEL FINN

EL ORDEN REINA EN LA HAYA

Las elecciones holandesas y el Partido Socialista

La reciente turbulencia política en la zona euro ha estado en general filtrada por un prisma económico. Con el destino de la moneda única plantado firmemente en el centro del análisis, se ha escudriñado en cada uno de los cambios experimentados por los países miembros el potencial para debilitar la «confianza» y la «estabilidad». Las dimisiones y las derrotas electorales, el hundimiento de viejas fuerzas políticas y la emergencia de otras nuevas, se mezclan así en una secuencia de exóticas distracciones de la tarea fundamental. Se pierde de este modo cualquier sentido de lo que estos acontecimientos *significan* de hecho para la política nacional y europea.

En su mayor parte, se ha tratado de traspies temporales: el traspaso del bastón neoliberal del centro izquierda al centro derecha en España —o en sentido opuesto al otro lado de los Pirineos— ofreció a los administradores del Consenso de Bruselas pocas razones para preocuparse. Si hiciese falta, podría asignarse a un gobierno de «tecnócratas» la tarea de dirigir países periféricos de la eurozona en nombre de la Troika, hasta reunir un gobierno creíble. Los votantes pueden oscilar tan libremente como quieran, pero las principales líneas de la política económica no se verán afectadas. Sin embargo, las elecciones en dos países de la UE durante el verano de 2012 amenazaron con afectar a esta concepción de las realidades políticas. Por primera vez desde la década de 1980, los partidos de la izquierda radical parecían a punto de ejercer el poder desde una posición de fuerza, eludir el tutelaje de partidos centristas y sobrepasar los límites de *la pensée unique*. Tras una serie de elecciones que habían provocado un cambio de rostros mientras el programa seguía siendo idéntico, podría vislumbrarse ahora un giro más fundamental en el equilibrio de fuerzas.

El primer temblor golpeó a Grecia, donde Syriza superó al partido de centro izquierda y se acercó a los conservadores de Nueva Democracia en la batalla por encabezar un nuevo gobierno, en junio de 2012. Apenas acababa de digerirse la noticia de Atenas cuando las encuestas de opinión holandesas sugirieron otro terremoto en ciernes. El Partido Socialista (SP) —habitualmente calificado de «extrema izquierda» por la prensa, y su líder Emile Roemer tildado, igual que Alexis Tsipras, de Syriza, de demagogo populista que podría poner en peligro los esfuerzos para estabilizar la

zona euro— había superado cómodamente al Partido Laborista Holandés (PvdA); algunas encuestas incluso situaban a los socialistas por encima del centroderechista Volkspartij voor Vrijheid en Democratie (VVD) del primer ministro holandés Mark Rutte. Desde la abdicación voluntaria del PCI, a comienzos de la década de 1990, ningún partido de la Segunda Internacional se había visto superado, en un país de Europa occidental, por un competidor situado a su izquierda. Ahora parecía que dos de ellos sufrirían esa indignidad en el transcurso de pocos meses.

A las elites conservadoras europeas, este muy bien podría parecerles el ataque más cruel. Mucho antes de que cristalizase la perspectiva de un gobierno de Syriza en Atenas, Grecia estaba firmemente constituido en país problemático, con unos políticos y una ciudadanía ridiculizados por su supuesta falta de voluntad para asumir la frugal laboriosidad de la parte norte de la eurozona. Holanda, por el contrario, podía seguir presumiendo de una clasificación crediticia triple A, y su primer ministro conservador estaba considerado un aliado crucial de Angela Merkel en la apuesta por imponer la *ordonomics* a los estados-miembros reacios. Después de tensar todas las cuerdas retóricas para apagar una amenaza en la periferia, Merkel, Barroso y compañía no esperaban afrontar un reto similar desde el núcleo de la Unión.

En sí, la presencia de partidos radicales que se oponen al centro-izquierda blairizado no podía considerarse un fenómeno asombrosamente nuevo en la política europea, aunque sería muy difícil encontrar un reconocimiento de dicha oposición por parte de unos periodistas hipnotizados por la extrema derecha. Un documento publicado por la fundación investigadora del SPD alemán en vísperas de la actual crisis describía la izquierda radical como «un actor estabilizado, consolidado y permanente en la escena política de la UE» que estaba «aproximándose ahora en varios países a su máximo después de la Guerra Fría»¹. Esta familia de partidos —cuya diversidad el autor reconocía plenamente— estaba «cada vez más segura de sí misma» y era «tan fuerte como los Verdes y la extrema derecha, si no más». Pero este crecimiento tenía unos límites definidos: «Hay pocas perspectivas de que la popularidad de la extrema izquierda supere a los socialdemócratas en un futuro próximo, ya que los partidos socialdemócratas son todavía mucho más grandes, tienen más experiencia de gobierno, capital político y organizativo —incluidas las relaciones aún existentes con los sindicatos— y flexibilidad, pero deberíamos esperar cierta recalibración continuada del equilibrio entre el centro y la extrema izquierda a favor de la segunda»². Tras el

¹ Luke March, *Contemporary Far Left Parties in Europe: from Marxism to the Mainstream?*, Berlín, Friedrich Ebert Stiftung, 2008.

² *Ibidem*. March señala que la «participación en el gobierno no ha sido una experiencia muy afortunada para la extrema izquierda», y por lo general el partido de turno ha sido fuertemente castigado en las urnas. Esto parece haber sido un buen reflejo de su trayectoria en el poder, porque «la extrema izquierda puede señalar reformas muy modestas», pero «difícilmente una reformulación “radical” del neoliberalismo», y prácticamente no ha conseguido nada en las principales cuestiones políticas: la pertenencia a la zona euro, la participación gubernamental en operaciones de la OTAN, las medidas de austeridad. March prefiere no sacar la

asombroso avance de Syriza, las elecciones holandesas de septiembre amenazaron con llevar dicha «recalibración» mucho más lejos de lo que hasta los radicales más optimistas consideraban posible a comienzos de año.

Otra coalición púrpura

Casi tan pronto como dicho peligro empezó a ser percibido fuera de Holanda, sin embargo, pareció evaporarse: en las semanas anteriores a las elecciones, el pánico cedió el paso al gozo en la prensa anglófona, ya que las fuerzas «proeuropeas» recuperaban el terreno perdido ante los socialistas, y el 12 de septiembre obtenían una victoria decisiva (el VVD de Rutte quedó primero, con el 26,6 por 100, el PvdA de Samsom, segundo, con el 25 por 100). El *Financial Times*, que sólo unas semanas antes había predicho un desenlace capaz de «cambiar el equilibrio de poder» en toda la región, recibió el resultado definitivo con evidente alivio: «Los cielos de Europa se aclaran»; «la victoria de los partidos centristas que apoyan las medidas de rescate de la eurozona es la primera señal tangible de que el sentimiento antieuropeo podría no estar tan profundamente arraigado en el norte de Europa como muchos habían temido»³.

La velocidad y la escala del viraje fueron tremendas. Si tomamos las encuestas de IPSOS como punto de partida –al contrario que otras encuestas, situaron constantemente al VVD a la cabeza de la contienda– los socialistas disfrutaron de una cómoda ventaja sobre el Partido Laborista Holandés desde finales de abril hasta finales de agosto. Todavía el 24 de agosto, el PvdA iba casi seis puntos porcentuales por detrás de su rival. Dos semanas después, ambos partidos habían cambiado de puesto, y el laborismo siguió subiendo durante el resto de la campaña, obteniendo finalmente, frente al 10 por 100 del SP, la cuarta parte de los votos (aunque superado, como ya se ha indicado, por el VVD). En una noche en la que sus principales competidores tendían a ganar o perder apoyos a gran escala, el partido de Emile Roemer obtenía exactamente el mismo porcentaje de votos que dos años antes. Un pequeño consuelo radicaba en el hecho de que Roemer encabezaría ahora el mayor partido de la oposición conjunta contra la coalición VVD-PvdA que probablemente emergería de las elecciones. Pero esto se debió más a un hundimiento en el apoyo a los otrora hegemónicos cristianodemócratas (CDA) y al Partido de la Libertad (PVV) de Geert Wilders, de extrema derecha, que a cualquier avance de los socialistas.

conclusión aparentemente obvia de que los partidos de la izquierda radical harían mejor en adoptar lo que él describe como «una estrategia populista contra el *establishment* que garantice éxitos electorales a medio plazo y movilice el descontento contra los socialdemócratas, pero proporcione poca influencia política». Si, por lo que él mismo dice, de todos modos se puede alcanzar «poca influencia política» dentro de los límites de un gobierno de centro izquierda, es difícil entender qué perderían los partidos siguiendo esta senda.

³ «Dutch Socialists catch the scent of victory», *Financial Times*, 24 de agosto de 2012; «Dutch vote gives Europe extra time», *Financial Times*, 14 de septiembre de 2012.

¿Fue la idea de que un partido radical encabezase el gobierno en La Haya tan quimérica como sugieren estas cifras, o podrían Roemer y sus camaradas volver a poner en peligro la ortodoxia de Europa en el futuro? Cualquier respuesta sensata a esta pregunta debe resistir la tentación –muy evidente en las noticias de prensa típicas– de elidir los sucesos de Grecia y Holanda, presentando ambos como un reflejo de la crisis de la eurozona. Esa crisis no ha impactado de momento en la población holandesa tan profundamente como en los habitantes de los países periféricos de la UE. Si tomamos el desempleo como medida tosca pero sugerente, la tasa de desempleados en Holanda en julio de 2012 era del 5,3 por 100, una de las más bajas de la zona euro, frente a una media del 11,3 por 100 en toda la unión monetaria. Las cifras de Grecia y España, por contraste, alcanzaban el 23 y el 25 por 100, respectivamente. El patrón de desempleo juvenil era similar: 9,2 por 100 en Holanda, mientras que más de la mitad de los jóvenes griegos y españoles carecían de trabajo⁴.

Economistas de ABN AMRO –receptor de un rescate público de 10.000 millones de euros– han señalado que «el desempleo aumentó de manera sorprendentemente rápida en la segunda mitad de 2011, más incluso que a finales de 2008 y comienzos de 2009», prediciendo que superará el 7 por 100 en 2014⁵. Pero no hay analogía directa entre las actuales condiciones económicas de Holanda y las imperantes en Grecia, Irlanda o Portugal, por no mencionar el impacto psicológico que la llegada de los supervisores de la Troika ha causado en los ciudadanos de estos países. Esto no quiere decir que falten razones para el descontento entre una capa sustancial de la clase trabajadora y la clase media holandesas: simplemente que en Holanda hay mayor continuidad con el ambiente anterior a la crisis que en otras partes. Los factores que podrían llevar a los electores holandeses a votar a un partido de la izquierda impenitente se establecieron mucho antes de 2008: eliminación de un Estado del bienestar antes impresionante; mercantilización de la sanidad; condiciones de empleo inseguras y estresantes para un segmento creciente de la población trabajadora⁶.

Sobre este telón de fondo, la trayectoria del SP no puede compararse con la meteórica progresión de Syriza, que pasó de menos del 5 por 100 de los

⁴ Comunicado de prensa de Eurostat, 31 de agosto de 2012. Los niveles alarmantes de desempleo juvenil no se limitaban a los PIGS: las tasas de Francia y Reino Unido superaban el 20 por 100.

⁵ ABN AMRO, «Dutch economy in focus: Unemployment on the up», 11 de julio de 2012. Los investigadores del banco predecían también una cifra récord de quiebras entre las empresas holandesas a finales de 2012.

⁶ Factores analizados en estas páginas por Servaas Storm y Ro Naastepad: «Gran parte de los 1,4 millones de nuevos empleos creados en Holanda a lo largo de la década de 1990 han sido empleos no cualificados, de baja productividad y, por consiguiente, esencialmente mal pagados; en otras palabras, empleos marginales, que son los primeros en ser eliminados en momentos de crisis. Por otro lado, el 50 por 100 de los puestos de trabajo que se crearon entre 1994 y 2000 fueron empleos a tiempo parcial y el 40 por 100 fueron “flexibles”, es decir, empleos temporales con un periodo de contratación inferior a un año de duración», S. Storm y R. Naastepad, «El malestar holandés», *NLR* 20, mayo-junio de 2003.

votos griegos en 2009 a casi el 30 por 100 tres años después. Los recientes avances del SP encajan perfectamente en un patrón de crecimiento firme, aunque no continuo, desde que por primera vez llegó al parlamento, en 1994. El porcentaje más elevado atribuido al partido por IPSOS durante la campaña electoral siguió siendo sólo un 3 por 100 superior al de su anterior resultado más impresionante, cuando obtuvo el 16,6 por 100 de los votos y 25 escaños, en 2006, tras encabezar una triunfante campaña de referendo contra la constitución de la UE un año antes⁷. En aquel momento, este era posiblemente el mejor resultado obtenido por cualquier partido de la «izquierda de la izquierda» en la UE de los 15 desde el final de la Guerra Fría (superado desde entonces, por supuesto, por Syriza). Si los resultados más recientes del SP parecen menos formidables en comparación con este máximo, deberíamos recordar que en la mayoría de los países vecinos se consideraría un avance sustancial que un partido de izquierdas obtuviese el 10 por 100 de los votos en dos elecciones consecutivas⁸. Esta cifra parece representar ahora el suelo de voto del SP y, salvo sucesos imprevistos, puede mejorarse: después de perder a muchos de sus potenciales votantes a favor del PvdA en las últimas semanas de la campaña, los socialistas se encontrarán en un medio más agradable ahora que los laboristas ocupan su lugar en la coalición liderada por el VVD, empeñada en aplicar drásticos recortes en el gasto público.

Orígenes y perspectiva

Tal vez sea más fácil captar el carácter ideológico del partido si lo observamos en movimiento y a lo largo de un periodo, más que intentando aplicar una etiqueta instantánea, como suele hacer la prensa convencional. Sus orígenes –ahora muy distantes– se sitúan en el maoísmo holandés. Adoptando su actual denominación a comienzos de la década de 1970, el Partido Socialista se sumergió en un trabajo comunitario y sindical durante buena parte de las dos décadas anteriores a la obtención de los primeros escaños en la asamblea nacional. Desde entonces, se fue apartando de la ortodoxia marxista-leninista, abandonando formalmente esa herencia a comienzos de los noventa. Al mismo tiempo rompió con un modelo de partido de cuadros, ideológico y fuertemente disciplinado, y ahora afirma poseer 47.000 afiliados, una cifra que ha aumentado constantemente en los pasados veinte años, época en la que el PvdA, el CDA y el

⁷ Tanto en términos relativos como absolutos, fue un resultado mejor que el obtenido por el PVV en 2010, cuando Geert Wilders fue calificado por la prensa como el «verdadero ganador» de las elecciones. Tanto Wilders como el SP se han beneficiado del sistema holandés de representación proporcional, que estructura todo el país como un único distrito electoral; sin umbral mínimo, un partido necesita sólo obtener el 1 por 100 de los votos nacionales para obtener representación parlamentaria.

⁸ El Bloco de Esquerda portugués alcanzó este nivel en 2009, pero perdió la mitad de los votos en las elecciones del año pasado; Die Linke obtuvo el 12 por 100 de los votos en las pasadas elecciones al Bundestag, pero registrará un descenso de apoyo similar si las encuestas de opinión se confirman.

VVD han visto erosionarse su base. Es difícil cuantificar qué porción de esos 47.000 afiliados participa activamente de modo regular. Ron Meyer, activista del SP y organizador sindical de Heerlen, calcula que su sección local tiene aproximadamente unos 1.400 afiliados, de los cuales podría calificarse de activistas probablemente el 10 por 100⁹. Si este patrón se reproduce a escala nacional, el partido tendría un total aproximado de 4.000-5.000 militantes activos.

El programa que el SP defendió en la pasada década puede muy bien calificarse de socialdemócrata tradicional, de una época en la que los partidos socialdemócratas efectuaban, de hecho, reformas, en lugar de intentar deshacerlas. Como tal, encaja en un patrón general señalado por Luke March: «Cuanto más parece el centro izquierda tradicional haber abandonado los pilares del consenso socialdemócrata sobre el bienestar, como la propiedad pública, el intervencionismo económico y el pleno empleo, más se ha apresurado la extrema izquierda a mostrarse como la defensora del keynesianismo, el sistema del bienestar, el sindicalismo, la igualdad y los derechos de los trabajadores»¹⁰. La protección de los derechos y los servicios sociales frente a las tendencias regresivas que han caracterizado el periodo transcurrido desde comienzos de la década de 1990 es un elemento central en la agitación del SP. En su mayor parte, el partido no exige un cambio radical en las relaciones de propiedad: el programa, que ha definido su objetivo en términos esencialmente morales —«dignidad humana, igualdad de valor y solidaridad, junto con nuestro análisis tradicional del mundo, componen el núcleo del socialismo»—, insiste a continuación en que «el control democrático debe preceder a cualquier control relacionado con la riqueza económica o privada», pero las propuestas explícitas de socialización de la industria se limitan a los sectores tradicionalmente en manos del estado bajo el dominio socialdemócrata («servicios públicos esenciales, transporte público e infraestructuras deben estar en manos de las autoridades públicas») ¹¹.

La exigencia de que Holanda se retire de la OTAN seguía formando parte del manifiesto del SP a comienzos del nuevo siglo, pero últimamente no estaba incluida dicha exigencia en su programa; sin embargo, el partido ha criticado la participación holandesa en todas las guerras de la OTAN, y exige la retirada de las tropas de Afganistán. Comúnmente calificado de «euroescéptico» y situado junto al PVV de Wilders, ciertamente el SP ha adoptado una opinión fuertemente crítica respecto a la integración europea, defendiendo las prerrogativas de los gobiernos nacionales: se opuso a la entrada de Holanda en el euro — en la actualidad no apoya una vuelta al florín, sin embargo— y sigue siendo hostil a la senda asumida por la Unión desde el Tratado de Maastricht. Contra aquellos de sus rivales que lo acusan de nacionalismo estricto y se enorgullecen de su propia naturaleza cosmo-

⁹ Entrevista a Ron Meyer, 13 de septiembre de 2012.

¹⁰ L. March, «Contemporary Far Left Parties in Europe», cit.

¹¹ Partido Socialista, *The Whole of Humanity: Core Vision, Tasks and Goals of the Socialist Party*, 1999; disponible en la página de internet del SP.

polita, puede señalarse que el SP es el único gran partido holandés con una extensa sección de su página de internet en un idioma extranjero (el inglés)¹². También ha empezado a recibir respaldo de comunidades inmigrantes de extracción turca, marroquí y surinamesa en años recientes, después de poseer, durante mucho tiempo, una base electoral bastante monocultural (el 15 por 100 de la población holandesa actual ha nacido fuera de Holanda, y un porcentaje sustancial disfruta de derechos de ciudadanía)¹³.

El SP ha aprovechado las ventajas de su posición dominante a la izquierda de un partido, antes socialdemócrata, cuyo giro blairista se puso más claramente en evidencia durante el «Gobierno Púrpura» de los noventa, cuando el PvdA colaboró con el VVD para promover una agenda neoliberal y erosionar buena parte de la infraestructura social del país. En contraste con las elecciones presidenciales francesas de 2007 —cuando, en la campaña por el «No», cuatro candidatos de izquierdas intentaron capitalizar la hostilidad contra la constitución europea—, el SP tenía vía libre como vehículo de oposición progresista al programa neoliberal de la Unión. Su único competidor posible podría haber sido el partido GroenLinks (Izquierda Verde), formado por los comunistas holandeses en alianza con otros tres grupos a finales de la década de 1980. Mientras que GroenLinks superó al SP durante la década de 1990, su eurofilia lo situó en el lado equivocado de la verja después de 2005. La campaña de respaldo al «Sí» ha ido seguida por un giro hacia el liberalismo: después de apoyar las medidas de austeridad del gobierno provisional de Rutte —contra las que, de manera oportunista, votó el PvdA—, GroenLinks pidió formalmente que lo situasen a la derecha del Partido Laborista en el parlamento holandés. Dos tercios de su anterior electorado recompensaron esta honradez abandonando al partido el 12 de septiembre, y provocando la dimisión de su líder, su presidente y su consejo de dirección en una autoimpuesta Noche de los Cuchillos Largos¹⁴.

El ascenso del SP se consideró durante mucho tiempo sinónimo de la personalidad de Jan Marijnissen, veterano de la prehistoria maoísta del partido que siguió siendo líder parlamentario del grupo hasta que la mala salud lo obligó a retirarse en 2008. Marijnissen era un actor muy eficaz y

¹² El entonces líder del partido Jan Marijnissen le dijo a los Socialistas de Izquierda noruegos que no entendía «por qué hay tan pocos partidos que utilicen la posibilidad de mantener a los demás informados de lo que sucede, en un idioma que todo el mundo entienda. Y por desgracia para nosotros, no es ni el noruego ni el neerlandés, sino el inglés». Marijnissen, discurso pronunciado en el congreso del Partido Socialista de Izquierdas, 24 de marzo de 2007. Tras evolucionar en cierta medida aislado de otras corrientes de izquierda radical europeas, el partido ha establecido lazos puntuales con grupos izquierdistas de países vecinos, y no participa en organismos como el Partido de la Izquierda Europea.

¹³ Al AKP gobernante en Turquía le preocupó tanto el éxito del SP entre la mayor comunidad inmigrante, que activistas suyos entregaron folletos a la salida de las mezquitas holandesas desaconsejando el voto a los izquierdistas; parece que les molestaba especialmente la presencia de una kurda-holandesa, Sadet Karabulut, en el grupo parlamentario socialista.

¹⁴ Los antiguos eurocomunistas que ahora apuntalan el gobierno de Samaras en Atenas en nombre de la Troika pueden contemplar un atisbo de su probable destino en esta experiencia.

carismático, aunque hasta sus admiradores reconocen que su estilo de liderazgo era dominante e impaciente con la disensión dentro del partido, tal vez una reliquia de los orígenes del SP. A Emile Roemer, antiguo maestro de primaria que asumió el mando en 2010, se le atribuye una disciplina más relajada, que ha facilitado que los afiliados que lo deseen presenten críticas contra los líderes del partido.

¿La muerte de una ilusión?

¿Cómo explicar el repentino hundimiento de las expectativas de voto del partido en las últimas semanas de la campaña electoral? En un momento en el que el SP superaba en las encuestas al Partido Laborista por un cómodo margen, Steve McGiffen, un socialista británico que ha trabajado para el partido en Bruselas y observado de cerca su ascenso, emitía la siguiente nota de cautela:

En el pasado, un buen resultado en las encuestas no se ha traducido en escaños, como en 2002, cuando en la última semana antes de las elecciones el Partido Laborista dejó de mirar nerviosamente por encima del hombro a la izquierda, y simplemente le robó muchas de sus políticas, recuperando una enormidad de votos. Los activistas del SP admiten que muchos desertores del laborismo declaran su intención de votar al SP para convencer a la tradicional sede política de la clase obrera holandesa de que debe redescubrir su razón de ser. En aquella ocasión, el cambio de dirección laborista funcionó¹⁵.

El PvdA y su nuevo líder, Diederik Samsom, repitieron esta táctica en las últimas semanas de la campaña electoral, y deben buena parte de su éxito a la decisión de virar a la izquierda (como reconocían los comentaristas más inteligentes de la prensa extranjera: un artículo del *Financial Times* señalaba que la competencia con el SP había «arrastrado al Partido Laborista a la izquierda en política económica, de modo tal que Samsom ha prometido mantener las protecciones legales de los puestos de trabajo y aumentar las ayudas económicas para atención sanitaria»)¹⁶. Antes de unirse al grupo parlamentario del PvdA, Samsom había establecido un perfil ecologista durante su tiempo de colaboración con Greenpeace, dando al superficial giro izquierdista del partido un poco más de credibilidad de la que de otro modo hubiese disfrutado cuando él asumió las riendas, en febrero de 2012. En cuanto el PvdA se situó un poco por delante de los socialistas, su ascenso se autoperpetuó, ya que los votantes de izquierdas empezaron a ver al líder del partido como el único hombre capaz de impedir la reelección de Mark Rutte como primer ministro.

La propia campaña de Rutte siguió una lógica similar en el otro extremo del espectro, de forma tal que el aspirante agudizó el tono de su retórica y pro-

¹⁵ Steve McGiffen, «Dutch Socialists: Preparing for Power?», *Spectrezone*, 12 de junio de 2012.

¹⁶ «Rutte's victory reflects Dutch pragmatism», *Financial Times*, 14 de septiembre de 2012.

metió bloquear nuevas ayudas a Grecia, para robar votos al PVV, y al mismo tiempo usó la amenaza de que Emile Roemer pudiera convertirse en primer ministro para consolidar el apoyo derechista del partido de Wilders y la CDA¹⁷. Este último partido se ha esforzado por hacer frente a la laicización de la sociedad holandesa en décadas recientes. Producto de una fusión entre el partido católico y el calvinista a finales de la década de 1970, la CDA parecía haber encontrado una nueva fórmula de éxito a comienzos del siglo, tras varios años de exclusión del gobierno, ganando en tres elecciones consecutivas bajo el liderazgo de Jan Peter Balkenende. Pero el giro hacia una rama de conservadurismo más laica dejó el partido expuesto a las corrientes de opinión fluctuantes entre los votantes de derecha, que podrían con igual facilidad dar su voto al VVD o a sus opositores populistas. Tras perder casi dos millones de votos –dos tercios de su respaldo– desde 2006 y descender al quinto puesto en la lista de partidos, la posición de la CDA en el corazón de la vida política holandesa parece ahora irremediablemente perdida; aunque la volatilidad del electorado del país en la pasada década podría aconsejar cautela contra un obituario definitivo.

La explicación de la subida de los laboristas en términos de descarado robo político ciertamente fue aceptada por el secretario del SP, Hans van Heijningen –veterano de los movimientos de solidaridad, que trabajó como asesor de los sandinistas durante la década de 1980–, cuando habló con él la víspera de las elecciones; la exasperación ante la capacidad del PvdA para secuestrar la agenda de su rival, a pesar de su expediente de cínicos giros de 180 grados una vez en el poder, la compartían muchos activistas del SP. Tal vez se puede sacar una lección más amplia para la izquierda radical europea: si bien una minoría politizada puede captar plenamente la transformación que los partidos socialdemócratas han experimentado desde la década de 1970, sería precipitado asumir que este conocimiento es compartido por la población en general. La pérdida de compromiso de partido minuciosamente analizada por Peter Mair tiene obligatoriamente un aspecto temporal, ya que la memoria a corto plazo va unida a una debilitación de los lazos¹⁸. La capacidad de los partidos de centro izquierda para recuperar gran parte del electorado progresista con promesas que no tienen intención de cumplir no debería subestimarse, en especial si llevan varios años fuera del gobierno (la reciente victoria de François Hollande ofrece un ejemplo asombroso).

¹⁷ El periodista del *Financial Times* sugería que este enfoque le crearía problemas a una coalición PvdA-VVD: «Los laboristas y los liberales no tienen más opción que formar coalición. Pero sus políticas son menos compatibles ahora que en la década de 1990» y «disienten en la dirección fundamental que su país debería tomar»; «Rutte's victory reflects Dutch pragmatism», cit. A buen seguro, esto exagera la dificultad que probablemente experimentarán los partidos de centro izquierda para incumplir las promesas electorales y gobernar desde la derecha: las recientes experiencias del Pasok y el Partido Laborista Irlandés son instructivas.

¹⁸ «Los ciudadanos están desvinculándose del escenario tradicional de la política. Incluso cuando votan –algo que hacen con menor frecuencia y en menor proporción–, sus preferencias se concretan en los días que preceden a la votación y se guían menos por afinidades partidistas»; Peter Mair, «¿Gobernar el vacío?», *NLR* 42, enero-febrero de 2007.

Pero algunos miembros del partido sostienen que el propio SP se expuso indebidamente a este peligro por el enfoque que dio a la campaña electoral. De acuerdo con este argumento, los líderes del SP habían hecho demasiado hincapié en la necesidad de entrar en el gobierno¹⁹. Tras las elecciones de 2006, el SP inició conversaciones para establecer una coalición con los laboristas y la CDA, pero estos partidos lo excluyeron, culpando a los socialistas y su actitud «poco realista». Los estrategas del partido atribuyeron la pérdida de votos en 2010 a esta incapacidad para atravesar las puertas del poder, y convirtieron la capacidad de gobierno del SP en tema central de la campaña electoral de septiembre. La única ruta del partido hacia el gobierno estaba en la alianza con el PvdA (habría hecho falta también el apoyo de otros partidos para garantizar una mayoría parlamentaria). Esto limitaba la libertad del SP para criticar a su rival, pero no imponía una limitación similar a los laboristas: con independencia de lo que ocurriese el día de las elecciones, el PvdA nunca se encontraría presionado para alcanzar un acomodo con los socialistas, y podía atacarlos con tanta libertad y mendacidad como desease²⁰.

Ampliando este análisis, tal vez el fallo del SP no haya sido la excesiva moderación de su programa, sino el hecho de que sus líderes no comprendieran lo indigesto que este seguía siendo para los partidos centristas. Steve McGiffen sostiene que sería demasiado simplista establecer que el partido ha llenado el terreno reformista abandonado por el PvdA; en el contexto actual, hasta unas políticas de izquierda muy moderadas suponen un choque directo contra el marco de la vida política europea:

La defensa del Estado del bienestar nos lleva a todo tipo de áreas, incluida la defensa de la democracia holandesa contra la Comisión Europea. El problema de los socialdemócratas, y sería también un problema para el SP, es que todo lo que en otro tiempo defendieron es ahora ilegal. Eso nos plantea un problema, pero también le plantea un problema a la UE. Está bien destruir a un país pequeño como Grecia o como Irlanda, pero Holanda fue uno de los fundadores, un miembro del núcleo, y es absolutamente fundamental para la UE; la Unión Europea es inimaginable sin él. Empujar a un país como este a votar cosas que la Comisión prohibiría, supondría una crisis para la UE²¹.

Incluso antes de la crisis actual, la corriente política predominante en Europa considera inaceptable una agenda socialdemócrata firme, y esta aversión a políticas antes consideradas inobjetables se ha fortalecido incon-

¹⁹ Ejemplos disponibles en inglés son el de Willem Bos, «Right victorious as Socialist illusions are shattered», *International Viewpoint*, septiembre de 2012; y Alex de Jong, «Netherlands elections: a hangover instead of an earthquake», *Links*, 13 de septiembre de 2012, ambos disponibles en internet.

²⁰ «Pienso que nos hemos mostrado demasiado amistosos [con los laboristas], nos hemos centrado demasiado en el gobierno; quizá la enseñanza sea que primero debemos ganar las elecciones, recordarles a los electores cómo actuó el Partido Laborista en el pasado», entrevista a Ron Meyer.

²¹ Entrevista a Steve McGiffen, 12 de septiembre de 2012.

mensurablemente desde 2008. El que los dirigentes del SP imaginasen que podían revertir dichas tendencias y al mismo tiempo gobernar junto al PvdA y otros partidos situados a su derecha sugiere un gran elemento de pensamiento ilusorio por su parte. Si el día de las elecciones se hubieran confirmado las primeras encuestas, seguramente los otros partidos habrían cerrado filas para excluir del gobierno al SP, o quizá le habrían permitido entrar en una coalición gobernante diseñada para debilitarlo y desacreditarlo, abriendo la puerta a nuevas elecciones que redujesen su tamaño. Es fácil entender la relativa ecuanimidad de los círculos gobernantes europeos, teniendo en cuenta este contexto. Si Syriza hubiese vencido a Nueva Democracia en las segundas elecciones griegas, los caprichos de la asignación de escaños habrían hecho muy difícil excluirlo del gobierno por medios democráticos. No era probable que dicho problema se manifestase en La Haya, y una campaña pura de acoso e intimidación al estilo griego podría haber resultado contraproducente. Mucho mejor que, de la tarea de asustar, se encargasen los políticos y los periódicos holandeses, y dejar que el diario derechista *De Telegraaf* liderase la carga contra los socialistas.

Las vías hacia el poder

El partido afronta ahora la opción de avanzar hacia un centro ya superpoblado, o volver a sus raíces de activismo comunitario y proyectar un rostro más combativo frente a los dirigentes políticos holandeses. Para seguir este curso, el SP deberá afrontar diversos obstáculos. En primer lugar, se ha producido una relativa falta de movilización social en años recientes, en los que el movimiento obrero holandés ha tenido problemas para encontrar una nueva senda, tras la decadencia de los tradicionales bastiones fabriles. Un debate entre los modelos sindicalistas de «servicio» y «organización» —que se superpone en cierta medida a divisiones entre los seguidores del PvdA y los del SP— se encuentra activo en los sindicatos holandeses: una victoria en 2010 por parte de trabajadores de la limpieza, tras la huelga más prolongada en los Países Bajos desde la guerra, ha fortalecido la posición de quienes defienden el enfoque militante, pero sigue siendo un ejemplo aislado en la actualidad.

Mientras que los socialistas en Reino Unido o Francia pueden quejarse del restrictivo sistema electoral bajo el que se ven obligados a operar, la propia apertura de la vida política holandesa presenta un reto propio. El descontento encuentra expresión en el ámbito de la política convencional casi tan pronto como cristaliza, lo que suele ir en contra de formas de protesta más agitadas fuera de los canales establecidos. Esto es tan aplicable a la extrema derecha como a la izquierda radical: no podríamos imaginar a Geert Wilders o a su antecesor, Pim Fortuyn, asociándose con la violencia callejera al estilo de Jean-Marie Le Pen o Nick Griffin, y mucho menos de Amanecer Dorado. La turbulencia parlamentaria de la pasada década no ha sido acompañada aún por una agitación social del estilo de la observada en el sur de Europa desde 2008. La ausencia de bandas ca-

llejeras racistas vinculadas a un partido de extrema derecha dinámico difícilmente se puede lamentar, por supuesto. Pero es difícil imaginar un movimiento puramente electoral que cambie el equilibrio de fuerzas de la sociedad holandesa hacia la izquierda.

El SP afronta también un panorama intelectual holandés en el que las ideas de izquierdas han sido sistemáticamente excluidas del discurso aceptable. El problema se manifiesta en ambos extremos de la escala: los departamentos universitarios sitúan el marxismo al margen, menospreciando a los estudiosos que lo practican, mientras que es improbable que un estamento estudiantil, en gran medida apolítico, produzca una nueva cosecha de pensadores radicales. Este baluarte conservador en el mundo de las ideas perjudicó al SP durante la campaña electoral, de acuerdo con uno de los pocos defensores académicos de este partido. La Oficina Central de Planeamiento, un organismo estatal encargado de la investigación económica, sacó una serie de documentos analizando los manifiestos del partido, en busca de su posible impacto en la economía holandesa. Supuestamente objetivos y científicos, estos análisis se basaban en hecho en los principios económicos de Friedman, y concluían lógicamente que el programa del SP provocaría pérdidas masivas de empleos, mientras que, sin duda, el VVD estimularía el empleo siguiendo la panacea habitual de la «flexibilidad» en el mercado de trabajo: «Si uno carece de los medios intelectuales para contradecir ese tipo de cálculos, no puede ganar las elecciones. Esto es realmente problemático para el Partido Socialista, porque no los tiene»²².

Aparte de esos impedimentos, sigue habiendo temas que, comprensiblemente, han desaparecido de la agenda de la izquierda radical europea tras las intensas controversias de décadas anteriores, referidos a la naturaleza del Estado democrático burgués y a las estrategias que pueden adoptar los socialistas que operan en las áreas centrales del capitalismo avanzado. La posibilidad de ejercer el poder –ya sea mediante las urnas o por una huelga general insurgente– ha sido tan remota en las pasadas dos décadas que dichas cuestiones no podían sino quedar descuidadas. Pero siguen siendo de importancia fundamental. Tal vez pueda establecerse a este respecto, entre Grecia y Holanda, otro contraste que recuerda las observaciones hechas por Daniel Singer tras la huelga general francesa de 1968, comparando la brutalidad de las CRS en París con el comportamiento en apariencia más comedido de la *Metropolitan Police* inglesa. Esto no se debió a «ninguna causa metafísica, a la dureza francesa o a la moderación británica»; por el contrario

La explicación es histórica. La democracia burguesa nunca ha establecido unas raíces tan firmes en Francia como en Reino Unido. No sólo temblaban los gobiernos. Los sucesivos regímenes se sentían efímeros, con su legitimidad abiertamente cuestionada por grandes segmentos de la población. No siempre se

²² Entrevista a Merijn Oudenampsen, 14 de septiembre de 2012.

podían permitir el lujo de la dominación sutil. La policía no sólo vale para presumir o para vigilar el tráfico. De manera más que potencial, siempre ha sido también un arma de la guerra civil²³.

Dada la historia del Estado griego, los movimientos de izquierda difícilmente pueden evitar debatir sobre su carácter de clase. La experiencia de la Dictadura de los Coroneles tiene apenas una generación, y cuando a simple vista puede observarse la convivencia entre Amanecer Dorado y la policía de Atenas, el «aparato represivo del Estado» no es una mera abstracción de la teoría marxista²⁴. Una larga historia de dominio parlamentario en Holanda, brevemente interrumpida por la ocupación nazi, ha oscurecido esta dimensión del orden social: no ha faltado la represión estatal, pero su experiencia se ha limitado habitualmente a minorías activistas situadas fuera de la esfera del consenso político²⁵.

Una de las principales opciones estratégicas debatidas antes de que tuviesen lugar los recortes conservadores fue la del «reformismo revolucionario». Ralph Miliband proporcionó una de las elaboraciones más claras de este tema ambiguo: si bien supondría la «intervención en la lucha de clases en todos los puntos de conflicto de la sociedad, y principalmente en el lugar de trabajo», el enfoque de Miliband también exigiría un compromiso serio con la política electoral, dirigido a la obtención de una mayoría parlamentaria: «La alternativa, ampliamente demostrada por una larga experiencia, es la de que los partidos decididos a establecer un cambio radical sigan confinados en un espacio político muy limitado»²⁶. Para Miliband, esta estrategia podía distinguirse del reformismo tradicional en la medida

²³ Daniel Singer, *Prelude to Revolution: France in May 1968*, Cambridge, Massachusetts, 2002, p. 121.

²⁴ En una entrevista concedida a un periódico argentino, Alexis Tsipras, de Syriza, sugería que, si su partido hubiese ganado las elecciones de junio, «nos hubiésemos convertido en el Chile de Europa». Tras expresar su confianza en que un gobierno de extrema derecha no podría asumir el poder en Atenas («nuestro pueblo es heredero de una gran tradición antifascista»), Tsipras advertía de que «el neonazismo y Amanecer Dorado no son una fuerza antisistémica; no, son una fuerza del sistema, dentro del sistema. Es el brazo más fuerte del sistema, y este lo utilizará si se siente en peligro». *Página/12*, 19 de septiembre de 2012.

²⁵ El líder del grupo del SP en el ayuntamiento de Zaandam critica a su partido por participar en el comité parlamentario de La Haya que supervisa los servicios secretos holandeses. Formado en el momento culminante de la Guerra Fría, el BVD –ahora con el nombre cambiado a AIVD– tiene un largo historial de infiltración y espionaje en los partidos de izquierda, y en movimientos sociales como la campaña contra los proyectiles nucleares en la década de 1980 y, como es lógico, se supone que lo mantiene en la actualidad. Entrevista a Patrick Zoomermeijer, 11 de septiembre de 2012.

²⁶ Ralph Miliband y Marcel Liebman, «Beyond Social Democracy», *Socialist Register* (1985-1986); Ralph Miliband, «Reflections on the Crisis of Communist Regimes», *NLR* I/177, sept.-oct. de 1989. Para Miliband, el «rechazo a la insurrección» era «el hecho principal y más importante acerca de la clase trabajadora en los países capitalistas avanzados desde 1918», aunque esto no suponía «un respaldo entusiasta a la democracia, las instituciones representativas y el parlamentarismo burgueses. Por el contrario, hay un escepticismo profundo y generalizado respecto a todo esto, y es posible que siempre haya sido así». R. Miliband, «Constitutionalism and Revolution: Notes on Eurocommunism», *Socialist Register* (1978).

en que iría acompañada de «una crítica permanente a las limitaciones y los defectos de la democracia burguesa, a su estrechez de miras y su formalismo, a sus tendencias y prácticas autoritarias». No anticiparía «una transición tranquila y sin incidentes al socialismo mediante el respaldo electoral y las mayorías parlamentarias»; «en el contexto de la democracia capitalista, dicha transición exige un grado masivo de respaldo popular y compromiso». El reformismo revolucionario también «debía ser muy consciente de que cualquier reto serio a las clases dominantes va inevitablemente a provocar resistencia», y estaría «decidido a recibir esa resistencia con todas las armas necesarias»²⁷. Un gobierno socialista tendría que establecer «cambios radicales en la estructura, los modos de funcionamiento y el personal del Estado existente, además de crear una red de órganos de participación popular»²⁸.

Un cierto eco de esta perspectiva podía escucharse en la retórica de Jean-Luc Mélenchon durante la campaña presidencial francesa, con sus expresiones de «insurrección cívica» y «revolución por medio de las urnas». Ofrece un modelo con el que comparar las fuerzas de izquierda emergentes: de ninguno de los partidos que cuestionan la socialdemocracia en la actualidad podría decirse que posea una visión tan clara y radical como la expresada por Miliband. Por ahora, la discusión de la «reforma estructural» sigue siendo prerrogativa de la derecha neoliberal²⁹. Pero si la lucha contra el «eurosadismo» en el Mediterráneo se profundiza y extiende a otros países, podemos esperar con seguridad contemplar que renazca el pensamiento estratégico entre quienes rechazan la democracia de Goldman Sachs que les están preparando³⁰.

²⁷ R. Miliband, «Reflections on the Crisis of Communist Regimes», cit.; R. Miliband y M. Liebman, «Beyond Social Democracy», cit.

²⁸ Ralph Miliband, *Marxism and Politics*, Oxford, 1977, p. 189 [ed. cast.: *Marxismo y política*, Madrid, Siglo XXI de España, 1978]. La principal estrategia alternativa para los países capitalistas desarrollados —que contemplaba una lucha entre las instituciones parlamentarias y una nueva forma de democracia basada en los consejos obreros— la articuló, entre otros, Ernest Mandel: véase «Revolutionary Strategy in Europe. A Political Interview», *NLR* I/100, nov.-dic. de 1976.

²⁹ Como en la predecible homilía de *The Economist* ante las elecciones holandesas: «Es necesario sacudir el mercado laboral para reducir el coste que supone emplear a trabajadores de más edad y animar a la gente a trabajar más horas. La necesidad de reformas estructurales en Europa no se limita al Mediterráneo, y no es más fácil conseguir que los votantes las respalden en el Norte que en el Sur», «Gloom in Polderland», *The Economist*, 23 de junio de 2012.

³⁰ El autor desearía dar las gracias a los miembros y simpatizantes del Partido Socialista Holandés que conversaron con él acerca del tema de este artículo: Hans van Heijningen, Alex de Jong, Niels Jongerius, Ron Meyer, Steve McGiffen, Merijn Oudenampsen y Patrick Zoo-mermeijer.